



Metropolitano Iosif de Buenos Aires y Sudamérica

HOMILIA

Domingo IV de Lucas

«ίδου ἐξῆλθεν ὁ σπείρων τοῦ σπεῖραν»

Otra parábola sobre el “**Reino**”. Una parábola y su respectivo análisis para los “**iniciados**” apóstoles.

Por lo cual sería superfluo en la presente examinarla una vez más. La perícopa evangélica en toda su longitud desglosa convenientemente el símbolo. Lo mío es una efímera paráfrasis de lo ya dicho magistralmente por el “**Logos**” eterno del Padre.

Así es el “**Reino**”: Dios que sale de “**Sí mismo**” en un movimiento expansivo y extático hacia la **otredad ontológica**, hacia “*lo-que-no-es*”, hacia lo creado. Es un movimiento que se identifica en su origen con la creación de todas las cosas y que luego se extiende, se proyecta en aquello que los teólogos denominan “**divina Economía**” o “**Providencia**”.

“**Ἐξῆλθεν**” -el verbo salir- hace mención a esta moción **creativa-económica**, a esta inclinación voluntaria “**ad extra**” que produce todas las cosas «ἐκ τοῦ μὴ ὄντος εἰς τὸ εἶναι» -*del no-ser al ser*- y luego las sostiene y las perfecciona a través de la continuidad de este dinamismo que también puede expresarse como «συγκατάβασις» -“**con-descendencia**”.

“**Ἐξῆλθεν**” habla de un Dios que es todo **dinamicidad y apertura** en cuanto es **pura relacionabilidad** “**ad intra**” -trinitariamente «τριαδικῶς-ὑποστατικῶς»-, pero también “**ad extra**” «ἐνεργειακῶς», es decir de acuerdo a la manera en que los seres creados **participan** -se relacionan- con la Causa y el Fin propios de los mismos.

“**Ἐξῆλθεν**” expresa la **voluntad amorosa y libre** de un Dios que, siendo **auto-ser, auto-existencia**, también se **auto-trasciende** en un movimiento de amor -«ἔρωσ-ἀγάπη»- que crea la “**otredad**” pero paradójicamente llena de “**Sí mismo**”, en cuanto prístina “**imagen y semejanza**”, cristalizada en la natural característica de la “**capacitas Dei**” -la receptividad- y en su “**contraparte complementaria**” el «ἀυτεξούσιον»: “**libertas**”. Sí, necesariamente la “**creación**” -la **alteridad ontológica**- deber ser **libre**, como argumento de la imagen y como condición para la semejanza.

“Ο Σπείρων” -el Sembrador- es el Dios que constantemente -desde la creación hasta las postrimerías- está sembrándose a Sí mismo fuera de Sí mismo en aquella creación que se convierte en el campo donde Dios actúa y *proyecta su eterna auto-realización trinitaria de amor infinito*. Es por ello que siembra su *“Logos”*; esparce desde la eternidad en las *“causas de todos los seres”* -εις τοὺς λόγους τῶν ὄντων- su propia imagen de acuerdo a la jerarquía ontológica de los que *“han-de-ser-mientras-están-siendo”*, y la perfecciona con la capacidad de asemejarse a la misma Causa de todas las cosas.

“Ο Σπείρων” esparce el germen de la perfección desde el comienzo del ser y lo proyecta conforme todas las cosas evolucionan naturalmente de acuerdo al arcano designio. Este germen de perfección luego ha de convertirse en el *“Logos”* mismo ya inseminado en la interioridad de cada ser desde el principio de los siglos; -y por lo siglos. Es el *“Σπερματικός Λόγος”* de los apologetas helenos imagen del «Σεσαρκωμένος Λόγος» -del Logos encarnado de Dios- actuando ya antes de su propia encarnación en todas las gentes en pos de aquella.

“Ο Σπείρων” es el Dios que se comparte a Sí mismo sin distinción, puesto que la semilla se siembra en todos los terrenos sin desigualdad, sin prejuicios, sin discriminación, aún cuando ya de antemano sabe cuál terreno es fértil y ha de permitir su germinación.

“Ο Σπείρων” es incansable, puesto que no solamente siembra; retorna y continuamente está cultivando y cuidando cautelosamente la siembra; la protege, la nutre, la riega, la protege, siempre y cuando el terreno acepte y proceda análogamente con la simiente.

Por último, **“τὸ σπεῖραι”** -la acción de sembrar- se refiere a la acción -ἡ ἐνέργεια- misma del sembrar, que siempre es creativa, esencial, vital, perfecta, y teificante. Es aquella dimensión del mismo Dios -ya que no se puede separar al “Sembrador” de la “siembra”- que determina la relación entre el “Sembrador” y la tierra que recibe la simiente: el Sembrador tiene la iniciativa y la receptividad es propia de la tierra; y aún cuando pareciera que el primero es la parte activa y la segunda es la pasiva, en realidad cuando la semilla entra en la tierra se produce el milagro de la *“sinergia”*, y lo que parecía pasivo ahora se convierte en elemento dinámico y activo conjuntamente con la acción de **“σπεῖραι”**.

“Τὸ σπεῖραι” activa en el terreno bien predisuesto a la siembra -la receptividad humana- un sinnúmero de mecanismos dinámicos que les son propios y que permiten que el grano germine y se realice su posterior evolución. Los Santos Padres hablan de esta *“Sinergia”*, como la *libre confluencia entre la voluntad divina con la humana*. Yo lo llamo *¡una explosión infinita de posibilidades!*

Esta es la forma de relación entre el Increado y el creado que naturalmente estimula la primigenia imagen de Dios en el hombre, induciendo así a la realización de la semejanza a través de la libre voluntad creada configurada ya a la divina.

Y aquí termina la lección de teología dogmática aplicada a la perícopa evangélica. Por supuesto, que el lector o el escucha no se deje fascinar por las acrobacias retóricas y técnicas del comentarista. La única "Palabra" que vale es la original.

Luego, pues, de esta efímera paráfrasis en clave teológica, es necesario preguntarnos hoy: ***¿qué clase de terreno es mi alma para recibir a Dios? ¿tengo terreno, tengo espacio, para recibir a Dios? O quizás aún más profunda y honestamente: ¿Me interesa entrar en aquel procedimiento?***

"El que quiera oír, que oiga".